

existen para el Valle de México parecen contradecir la interpretación convencional de que fue el principal medio de control de la hacienda sobre sus trabajadores. Señala que en los últimos tiempos coloniales el peonaje por deuda sólo afectaba a la mitad de los trabajadores de las haciendas, y que aun en la mayoría de estos casos la deuda resulta pequeña si se la compara con la reputación del personaje endeudado. Observa que “una explicación plena del control de las haciendas sobre sus trabajadores no puede parar en la servidumbre por deudas”. Considera que “para los trabajadores indios, la hacienda ofrecía soluciones a las condiciones económicas, condiciones que no se encontraban en otras partes”, al mismo tiempo que “significaba una vivienda y un modo de vida”. Pero agrega, cautelosamente, “que son conjeturas que tienen que ser demostradas”.

Al lado del tratamiento minucioso y erudito de cada uno de esos capítulos, el profesor Gibson adicionó su obra con importantes cuadros, figuras y mapas de gran utilidad, así como con siete apéndices de extraordinario valor. En ellos se consignan las encomiendas del Valle de México, las cabeceras y sujetos, las jurisdicciones políticas; epidemias, condiciones agrícolas y precios del maíz, cifras de población y un glosario.

En suma, el libro del profesor Gibson es una obra original y de excelente factura. Una obra de interés extraordinario para el lector común y de gran importancia para el investigador especializado. Una obra que lleva el camino de los clásicos de la historiografía mexicana, sin que por ello, por supuesto, deje de suscitar discusiones y de plantear problemas.

Sergio FLORESCANO  
*El Colegio de México*

Pedro ROJAS: *Acámbaro colonial. Estudio histórico, artístico e iconográfico*. México, UNAM, 1967. 170 pp., ilus. (Instituto de Investigaciones Estéticas. Estudios y fuentes del arte en México, xxiii).

Si puede tomarse a Acámbaro como una de las más representativas poblaciones del Bajío colonial es porque ella vio sucederse todas las manifestaciones comunes de la vida y la sociedad de esa zona sin que hubiera gran copia de acontecimientos fuera de lo normal que dejaran una huella de extraordinario en la ciudad. Una de las manifestaciones de esa vida, el arte, sobre

todo el arte plástico, fue ordinario en ese sentido, o típico, o común. Y como ese arte perdura —hasta donde generaciones posteriores a la de sus autores le dejan— en forma tangible y material es al través de aquella manifestación donde se encuentra un camino para aprehender esa vida. El Acámbaro colonial de hoy, esto es, el Acámbaro de los monumentos coloniales que quedan hoy —relativamente bien conservados— nos da precisamente una imagen bien ordinaria o típica: ni representaciones extraordinarias, casi, ni numerosas, ni grandiosas. Pero si en la historiografía hemos ya superado los mitos de las grandezas, y de los orígenes y las decadencias, podemos absorbernos —y maravillarnos— en el estudio de lo ordinario, de lo cotidiano, de lo que simplemente es representativo.

Basta lo anterior para que pueda justificarse el esfuerzo de hacer una monografía artística del Acámbaro colonial de hoy y para que con ello se responda a los que hubieran preferido ocuparse de centros de irradiación cultural más importantes como Querétaro o Celaya. El esfuerzo a que nos referimos quedó impreso en el libro que reseñamos. Nos ha parecido bien logrado, a pesar de que deja mucho que desear: no hace verdadera historiografía, no hay muchos antecedentes, ni se menciona siquiera el arte de otras etapas como referencia, casi no se buscan, en fin, relaciones entre las manifestaciones artísticas y las de la vida política, social o económica. Pero como Acámbaro no es extraordinario, ni tan complicado, todo eso lo podemos comprender con saber algo del Bajío. Ya sólo esperaremos que todos los que lean la obra de Rojas sepan también algo del Bajío.

El libro monografía lo que queda de ese Acámbaro artístico: arquitectura, bastante, con sus diversos elementos decorativos; y no recordamos si una o dos pinturas y pedazos de un retablo dorado. De hecho es pura arquitectura, que el índice ordena y clasifica así: Hospital Real de los Naturales, Convento de Santa María de Gracia, monumentos religiosos de la segunda mitad del siglo xviii (posteriores a los anteriores) y arquitectura civil (puente, acueducto, fuente, casas). Y es todo. El estudio es exhaustivo y extenso dentro de su género monográfico, y está bien y oportunamente ilustrado con 71 fotografías de la cámara del propio Rojas.

Cada uno de los monumentos —especialmente los dos primeros, Hospital del siglo xvi y Convento del xviii, que son los más principales— es estudiado a lo largo de tres cuidadosos recorridos. El primero es breve, como una visita guiada, y describe la estructura arquitectónica, y luego de él se tiene ya un boceto del edificio que se estudia. El segundo lleva más tiempo, pues

analiza los elementos ornamentales, y va dibujando nuestro boceto con las formas deliciosamente ingenuas del Hospital y con los elegantes trazos del Convento, inscritos en sus elementos estructurales (elementos que son típicos del Acámbaro de los setecientos, que aparecen primero en el Convento y luego en las demás construcciones posteriores, y que se aprecian muy bien en las portadas, de orden toscano, con las arquivueltas de los arcos cortadas contra las pilastras, éstas cajeadas, molduradas o almohadilladas, y con friso pulvinato a menudo; elementos que pueden tener sus orígenes y antecedentes en Celaya, en Sevilla, en Leonardo de Figueroa), los va dibujando, sí, primero en lo esencial y luego en lo accesorio. El tercer recorrido, erudito, acaba el dibujo: es la iconografía, que se hace extensa especialmente en las riquísimas y por una vez extraordinarias fachada del templo del Hospital y enjutas de los arcos del claustro alto del Convento.

La monografía se funda en fuentes diversas: libros, informaciones, algunos documentos y, sobre todo, en la observación aguda y cuidadosa, atenta a lo largo de los tres recorridos, y cuyas sensaciones y percepciones son espléndidamente comunicadas al lector con un lenguaje nunca escaso de conceptos.

Bernardo GARCÍA MARTÍNEZ  
*El Colegio de México*

FRANCISCO DE LA MAZA: *La mitología clásica en el arte colonial de México*. México, UNAM, 1968. 251 pp. (Instituto de Investigaciones Estéticas. Estudios y fuentes del arte en México, xxiv).

La Universidad, por medio del Instituto de Investigaciones Estéticas, ha editado este nuevo libro del incansable y aparentemente cada vez más trabajador Francisco de la Maza. Dije yo, refiriéndome al penúltimo libro de De la Maza que si lo cortés no quitaba lo valiente, en él lo barroco tampoco quitaba lo clásico; y es el caso de repetirlo, porque se trata justamente de un tema que es a la vez "clásico" y "barroco": el de la presencia de la antigüedad grecorromana en el arte de la Nueva España.

Tema este por demás interesante y lleno de posibilidades, revelador de muchas cosas acerca de la vida y de la conciencia del hombre novohispano. Y no deja de ser curioso que, a pesar de que cuando se ocupa uno de la época colonial se tropieza a